

# NEW LEFT REVIEW 127

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2021

## EDITORIAL

EQUIPO EDITORIAL DE LA NLR Sobre *Sidecar* 7

## ARTÍCULOS

DYLAN RILEY El limbo del confinamiento 11

CIGAN TUĞAL Turquía en sus encrucijadas 27

ALEXANDER ZEVIN ¿Un Proudhon para posmodernos? 61

CLAIRE DEBUCQUOIS Manos manchadas de sangre 87

NANCY FRASER Los climas del capital 101

## CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Metáforas en funcionamiento 139

OLIVER EAGLETON Después de Corbyn 148

JACOB COLLINS Colisión de partículas 161

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



Owen Jones, *This Land: The Story of a Movement*, Londres, Allen Lane, 2020.

OLIVER EAGLETON

## GENTE BRUTAL Y HORRIBLE

Tras el fallecimiento del corbynismo toda una serie de informes forenses intentaron establecer sus causas. A principios de 2020 Jeremy Gilbert publicó en openDemocracy su análisis en cinco partes de la derrota electoral, señalando varios factores –un líder reacio al conflicto, un énfasis mal orientado en la austeridad, un planteamiento insuficiente respecto a la reforma democrática–, que garantizaron la impotencia laborista frente a un nacionalismo johnsoniano agresivo. Los antiguos miembros del gabinete en la sombra Ian Lavery y Jon Trickett, en cambio, señalaron al Brexit como la causa principal de la catástrofe. Joe Guinan describió para *Red Pepper* el fracaso corbynista atribuyéndolo a la incapacidad de construir una base electoral radical mediante la organización comunitaria y la educación política, mientras que Owen Hatherley reflexionó sobre la dificultad de lanzar políticas redistributivas entre los resentidos propietarios de viviendas de las regiones desindustrializadas. Sin embargo, los primeros análisis extensos del tema, que reconstruyen el colapso del corbynismo a partir de los testimonios de ayudantes y ministros en la sombra, llegaron casi simultáneamente durante el mes de septiembre de 2020: *Left Out*, el acostumbrado relato periodístico de Gabriel Pogrund y Patrick Maguire, reporteros respectivamente de *The Sunday Times* y *The Times*, y *This Land* de Owen Jones, que apareció tres semanas después.

Jones, el comentarista británico de izquierda más conocido, nació en Sheffield en 1984. Sus padres, ambos miembros de la Militant Tendency

(precursora del actual Socialist Party), se conocieron mientras hacían campaña para el Partido Laborista a finales de la década de 1960; su padre era delegado sindical y su madre una destacada profesora de informática. Otros familiares eran concejales laboristas y predicadores radicales; Jones asistió a mítines mineros y participó en marchas contra el impuesto de capitación de thatcheriana memoria cuando todavía era un niño. Después de estudiar Historia en Oxford y de pasar un tiempo como cabildero sindical, trabajó para dos grandes figuras de la izquierda británica: archivando los documentos de Eric Hobsbawm y como investigador parlamentario de John McDonnell. Su primer éxito llegó con la publicación de *Chavs* en 2011: una investigación, que cosechó un enorme éxito de ventas, sobre el odio de clase cultivado por Thatcher e intensificado por el Nuevo Laborismo, que criticaba ferozmente los estereotipos sobre la delincuencia proletaria predominantes en los programas de televisión y la prensa sensacionalista. El debut de Jones, festejado por los críticos, lo elevó de funcionario laborista a columnista retribuido: inicialmente en *The Independent* y luego en *The Guardian*, donde continúa escribiendo artículos semanalmente. Desde esa posición atacó al programa de austeridad de la coalición de liberal-demócratas y conservadores, produjo varias acusaciones cáusticas contra la Policía Metropolitana y publicó *The Establishment* (2014), donde trazaba la trayectoria de los pioneros hayekianos desde los oscuros *think-tanks* propugnadores del libre mercado hasta su acceso al corazón del bloque dominante británico. Más ambicioso que *Chavs*, aunque menos oportuno y original, el libro aumentó el prestigio de Jones como emblema socialista en el mundo de los periódicos liberales dotado de una sensibilidad de clase más aguda que la mayoría de los escritores que surgieron de las protestas estudiantiles de 2011.

Mientras que Poggrund y Maguire cuentan la «historia interna del Partido Laborista bajo la dirección de Corbyn», el análisis de Jones sobre el último quinquenio tiene un objetivo más amplio: pretende retratar las esperanzas despertadas por la reconstitución de este y mostrar cómo se desinflaron por los pasos en falso dados por su dirección. Jones, calificado por él mismo como «observador participante» en el experimento de Corbyn, describe a la izquierda laborista como el único vehículo plausible para lograr la transformación social en el Reino Unido. Se muestra decidido a averiguar qué salió mal en los últimos cinco años para que se aprendan las lecciones necesarias y los socialistas puedan perfeccionar su planteamiento de cara a las luchas futuras. Esto implica corregir dos «narrativas habituales» del corbynismo: la primera es la que afirma que este estaba condenado desde el principio al no ser más que una ilusión utópica sostenida por el culto a la personalidad propio de la generación *millennial*; y la segunda la que postula que el corbynismo fue destruido por una deliberada operación de sabotaje orquestada por los enemigos internos presentes en el Partido Laborista y

por los medios de comunicación. Jones no niega la ferocidad del ataque lanzado contra Corbyn —«una campaña sin precedentes en la historia política británica de destrucción de la reputación de un personaje público»—, pero insiste en que la dirección «también se disparó repetidamente en el pie. Es importante insistir en este punto, y lo haré de nuevo a lo largo del libro, porque no hacerlo llevaría a la conclusión fatalista de que cualquier proyecto político radical será inevitablemente destruido por la oposición encarnizada del *establishment*». Mientras que *Left Out* cuenta una historia lineal que comienza dos años después del ascenso de Corbyn y termina con el de Keir Starmer, la cronología de *This Land* es más flexible, organizada temáticamente en torno a la debacle del Brexit, la guerra con el grupo parlamentario del Partido Laborista, la controversia sobre el antisemitismo y las elecciones generales más recientes. Su hilo unificador es el «fracaso desastroso de la estrategia» que supuestamente impidió a Corbyn superar tales obstáculos: la incapacidad de plantear una «visión coherente a largo plazo» contra ese asalto omnidireccional.

El libro comienza con una genealogía del corbynismo, rastreando sus orígenes hasta Bevan en la década de 1950 y Benn en la de 1980. La tradición radical que estos mantuvieron se extinguió prácticamente después de las derrotas en serie iniciadas por los recortes de Callaghan y agravadas por el declive industrial. Corbyn y McDonnell eran sus reliquias. Pero a medida que las privaciones de la Tercera Vía engendraron nuevos «ciclos de resistencia» —protestas antiglobalistas y ambientalistas en el cambio de milenio, campañas contra la austeridad y por la justicia fiscal durante la década de 2010—, la izquierda comenzó a recobrar relevancia. «Comenzó a formarse un electorado político de masas, por debajo del radar, que entendía que las diversas injusticias contra las que había hecho campaña estaban vinculadas entre sí». Corbyn prometió agrupar esas fuerzas dispares en un proyecto nacional mediante la captura del Partido Laborista, hasta entonces denigrado por la mayoría de sus partidarios. Esta poderosa base le permitió resistir los ataques que se produjeron inmediatamente después de su elección como líder en 2015. Mientras los funcionarios de la sede central del Partido Laborista informaban a periodistas hostiles y expulsaban a los miembros de la izquierda, el nuevo gabinete en la sombra bloqueó todos los intentos de resucitar el anterior tipo de socialdemocracia. Menos de un año después, veintitrés ministros del gobierno en la sombra de Corbyn habían dimitido y este se vio sometido a un implacable ataque personal por parte de parlamentarios laboristas decididos a «acabar con él». La mayoría de los líderes habrían renunciado, escribe Jones, «pero Corbyn no era un líder normal». Dado que su movimiento «rechazaba el planteamiento parlamentario del laborismo tradicional» extrayendo su fuerza de una base de masas recientemente politizada, su posición permaneció segura frente a los sucesivos intentos de golpe.

Sin embargo, la dirección estaba lastrada por fallos de estrategia y de comunicación, que Jones detalla en un largo capítulo titulado «Dysfunction». Los contratiempos comenzaron con la negativa de Corbyn a cantar «God Save the Queen» en una ceremonia en recuerdo de la Batalla de Inglaterra y su renuencia a usar la acostumbrada corbata blanca en un banquete en el Palacio de Buckingham. Pocos meses después, el líder de la oposición de Su Majestad estuvo peligrosamente cerca de darle a la monarca en su nonagésimo cumpleaños un frasco de mermelada casera mohosa. Corbyn evitó las entrevistas con teleapuntador electrónico en los medios, prefiriendo hablar improvisadamente y eludiendo a menudo los argumentos clave proporcionados por su equipo. Evitaba el antagonismo a toda costa, mostrándose incapaz de tomar decisiones cruciales por miedo a irritar a sus supuestos aliados, incluidos algunos miembros de su gabinete en la sombra empeñados en su destrucción. Jones escribe que la estrategia de Corbyn debería haber surgido de «los objetivos electorales del partido, de las cohortes demográficas objeto de atención, de la organización de las bases y de las políticas que pretendía aplicar»; pero en la práctica Corbyn se limitó a «comentar la actualidad»: las noticias diarias determinaban su orientación estratégica, y no al revés. Estos problemas se vieron exacerbados por su director de comunicación Seumas Milne, quien, a pesar de trabajar jornadas de doce horas, «llegaba tarde a las reuniones de estrategia de las que entraba y salía, a menudo masticando comida, para irritación de los demás participantes». Dado que se negaba a responder la correspondencia, «las decisiones se tomaban basándose en fragmentos entresacados de conversaciones en la oficina de Milne durante sus raras apariciones», mientras que sus «idiosincráticas políticas» ofrecían a los tabloides líneas fáciles de ataque. Cuando Milne cuestionó la asunción instintiva de la culpabilidad del Estado ruso en el envenenamiento de Sergei Skripal, las portadas de los principales medios fueron instantáneamente engalanadas con titulares como «PUTIN'S PUPPET» y «CORBYN, THE KREMLIN'S STOUGE». Este episodio subraya una distinción, que recorre todo el libro de Jones, entre Corbyn y Milne, considerados aficionados torpes y obstinados, y McDonnell, retratado como un estratega consumado decidido a profesionalizar la operación y a «evitar controversias inútiles carentes de beneficios políticos».

A pesar de estas divisiones internas, en las elecciones de 2017 Corbyn estuvo a punto de convertirse en primer ministro, ayudado por un equipo de campaña revitalizado y una oponente perpetuamente vacilante. Dado su mayor capital político, escribe Jones, «era el momento ideal para que Corbyn dejara categóricamente claro que el Partido Laborista nunca apoyaría un nuevo referéndum y que trataría de poner en práctica la decisión de 2016». En cambio, la dirección laborista mantuvo su posición «deliberadamente vaga», convencida de que una postura firme de salida enfurecería

innecesariamente a sus bases y ayudaría a los acorralados *tories*. Mientras que las autopsias del corbynismo identifican invariablemente la polarización del Brexit como un punto de inflexión fatal, *This Land* se diferencia de ellas al detallar cómo la posición ambigua de Corbyn fue parcialmente responsable, en primer lugar, de crear esa sima. Su prolongada indecisión generó un vacío político que permitió crecer al archicentrista movimiento Remain [partidario de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea] a lo largo de 2018, convenciendo a figuras anteriormente escépticas como Starmer y McDonnell. En mayo de 2019 ambos habían aceptado la necesidad de un segundo referéndum y echaron por tierra debidamente las negociaciones entre el gobierno y la oposición, perdiendo la última oportunidad de asegurar una opción de salida «suave». Starmer «en realidad no quería un acuerdo» debido a sus instintos eurófilos, mientras que McDonnell consideraba un error táctico el pacto Corbyn-May. Calculaba que cualquier cosa que no fuera la opción de permanecer en la Unión Europea dividiría al partido, desmoralizaría a los activistas y daría fuerza a la escisión centrista Change UK, partidaria de un segundo referéndum. McDonnell formó así un segundo grupo de presión en favor del referéndum dentro del gabinete en la sombra, influyendo sobre el siempre indeciso Corbyn, tras purgar a la facción partidaria del abandono de la Unión Europea. Jones reconoce las desastrosas consecuencias electorales de esa política, pero concluye que «el Partido Laborista no tenían otra posibilidad». «Cualesquiera que fueran las decisiones que tomara el partido –escribe–, la cosa no habría terminado bien».

Después de que el Brexit «destruyera el atractivo de Corbyn como hombre de principios que hace lo que dice», su credibilidad moral se vio socavada por «la crisis del antisemitismo». Ahí Jones ofrece una repetición casi literal de la argumentación de Pogruud y Maguire: que la izquierda británica, y Corbyn en particular, eran insensibles al odio antisemita debido a una visión economicista del prejuicio, que no alcanzaba a ver que grupos relativamente «privilegiados» como los judíos británicos blancos de posguerra podían ser su diana. Jones acepta que Corbyn «podía hacer valer un amplio historial» a este respecto –su firma de mociones parlamentarias formales [*early day motions*] contra el antisemitismo, su lucha contra los fascistas durante la Batalla de Wood Green en el norte de Londres en 1977, su campaña para salvar los cementerios judíos, su defensa de la causa de los refugiados yemeníes judíos–, pero ello no afecta a su veredicto de que el antisemitismo se había «convertido en un punto ciego» para el líder laborista. Inmune él mismo a los puntos ciegos, Jones continúa ofreciendo un relato del conflicto Israel-Palestina que ni siquiera menciona la Nakba, a la cual únicamente se refiere de pasada al final del capítulo mencionando la expulsión de los palestinos de su tierra natal, pero que se halla, sin embargo, completamente ausente de su historia de Israel «para principiantes» en la que se enmarca la totalidad de su análisis posterior.

«Las comunidades colectivas de los kibutz parecían incubadoras de una nueva sociedad socialista», escribe Jones, que satisfacían la «incontestable necesidad de una patria judía». Después de la Guerra de los Seis Días, «Israel llegó a parecerse a un ocupante colonial [y] para algunos los palestinos llegaron a parecerse a los argelinos»; pero «la ocupación israelí de tierras palestinas era y es fundamentalmente diferente de los proyectos de colonialismo europeo de colonos», porque sus fundadores huían de sus países de origen en lugar de extender su dominio. Sin embargo, «con la llegada del Likud al poder, Israel abandonó sus principios socialistas originales» y embarcó al país en una «deprimente trayectoria de derecha» que alejó a sus aliados progresistas. Los nobles orígenes del Estado israelí se han ido erosionando gradualmente desde finales de la década de 1960, siendo el Israel virtuoso anterior a la ocupación secuestrado por las raíces de Netanyahu en la Escuela de Chicago. En opinión de Jones, quienes se habían mostrado incapaces de reconocer el núcleo socialista presente en el corazón del sionismo, asumieron que las acusaciones de antisemitismo eran simplemente una estratagema del *establishment* a lo cual respondieron con una «actitud defensiva» inútil. Se perdieron supuestamente innumerables oportunidades para aliviar el problema mediante diálogos constructivos. Corbyn debería haber hecho una visita oficial a Israel, debería haber escrito artículos apologéticos en la *Jewish Chronicle*, debería haber aceptado sin vacilar la definición de antisemitismo de la International Holocaust Remembrance Alliance, debería haber pronunciado un discurso en el London Jewish Museum y dedicado más tiempo a interactuar con los etnonacionalistas del Jewish Labour Movement. Si hubiera hecho todas estas cosas, nos asegura Jones, la controversia del antisemitismo «nunca habría tenido lugar».

Esta era la línea preconizada por McDonnell, pero Corbyn, insensible a tal sentido común, condujo al partido a las elecciones de 2019 con previsiones catastróficas. Para entonces, la dirección «se había resignado a ellas, como si fueran simplemente un hecho de la vida. Nunca hubo auténticas discusiones estratégicas sobre cómo cambiar esas percepciones públicas, lo que de por sí parecía una admisión de la imposibilidad de la tarea». Mientras los conservadores reafirmaban su fidelidad al referéndum de 2016, el plan electoral laborista ofrecía poco más que reflexiones «etéreas» sobre el desequilibrio de poder de Gran Bretaña, al tiempo que su manifiesto adoptaba un «planteamiento de dispersión que daría al electorado una sobrecarga sensorial», careciendo su «compromiso» sobre el Brexit de todo efecto práctico. Los activistas de Momentum, ataviados con su gorro de lana, fueron perseguidos para impedir que pisaran siquiera la hierba de las Midlands. Un Corbyn cada vez más sombrío llegaba tarde a los mítines y vestía ropa deliberadamente raída para molestar a sus ayudantes. Se negaba a ser informado, prefiriendo conversar con otros pasajeros en su vagón de tren, por lo que se veía a menudo en aprietos durante en las entrevistas. Cuando se hizo pública la encuesta al

cierre de las urnas con la peor derrota laborista desde 1935, Corbyn se sentó en silencio durante unos momentos antes de bromear diciendo que «pediría un recuento completo». Las cámaras se dirigieron inmediatamente a McDonnell, quien culpó del resultado a su propia política sobre el Brexit.

Reseñas anteriores de *This Land* (James Butler en la *London Review of Books*, Ed McNally en *Jacobin*) han señalado que, aunque pretende contar «la historia de un movimiento», la política sobre el terreno y en la calle del corbynismo desaparece después del primer capítulo, optando el libro por una aproximación concentrada en Westminster que recuerda *Left Out*. A pesar de la reciente afirmación de Corbyn de que «la mayor resistencia que sufrí con la burocracia y las estructuras del partido fue para el establecimiento de la organización comunitaria», Jones ignora la Community Organizing Unit y campañas como Labour for a Green New Deal. Esto quizá pueda justificarse, porque el corbynismo nunca logró su pretendida fusión de agitación social y compromiso electoral. La primera siempre estuvo subordinada al segundo, y el marco de Jones refleja este hecho. Pero incluso dentro de los límites de la «historia desde arriba», el contexto proporcionado por *This Land* es reducido. Esperaríamos que una narrativa centrada en Westminster evaluara el equilibrio de fuerzas existente en el seno de cada partido, pero mientras que Jeremy Gilbert enfrenta el corbynismo al cambio de imagen populista de derecha efectuado por los *tories*, el gobierno apenas aparece en el análisis de Jones: su metamorfosis bajo May y Johnson no se menciona. Y mientras que *Left Out* ofrece un relato detallado de la operación de demolición protagonizada por el grupo parlamentario laborista, Jones comprime esa característica constante de la presidencia de Corbyn en un solo capítulo, minimizando su papel en el resto de debates que describe. El resultado es un planteamiento muy concentrado en unas cuantas personas del gabinete del líder del Partido Laborista, cuya supuesta incompetencia resulta hipertrofiada, por lo tanto, más allá de toda proporción razonable. La acusación de Jones de fracaso estratégico –una postura reactiva frente a la comunicación en los medios, una ausencia de «visión», un imperdonable cortoplacismo– queda privada de las condiciones que lo alimentaron. No se ofrece ninguna valoración de la lucha diaria exigida para apagar los innumerables incendios cotidianos y para arrostrar las innumerables crisis inventadas, algo simplemente necesario a fin de mantener el proyecto a flote. Al hecho de que Milne comiera pastelillos durante las reuniones de estrategia se le otorga más peso que, digamos, a los denodados esfuerzos de los parlamentarios y de los banqueros de la City para empujar a Corbyn a un segundo referéndum.

La estructura de *This Land* es en parte responsable de estas distorsiones. Su diseño temático significa que cada aspecto (Brexit, antisemitismo, grupo parlamentario laborista, etcétera) es tratado de forma aislada, mientras que las conexiones entre ellos se dejan en gran parte sin elaborar. Como «The War Within» tiene su propio capítulo, el papel desempeñado por la derecha



del partido en el asunto del antisemitismo apenas aparece en el análisis de Jones. El referéndum sobre la UE se aborda en una sección propia sobre el Brexit, por lo que solo hace una aparición fugaz en su relato del «golpe del pollo» [elecciones internas en el partido laborista] de 2016. Jones nos cuenta que Corbyn mejoró sus índices en las encuestas en la campaña electoral de 2017, pero deja en la oscuridad la dinámica más amplia que permitió tal avance. Una y otra vez, los acontecimientos parecen tener lugar en un vacío político: un punto de vista que realza el énfasis en las cualidades personales (como la «competencia» y la «profesionalidad») a expensas de factores coyunturales. En otros aspectos, el abandono de la narrativa lineal en *This Land* permite al autor zigzaguear entre los diversos años, seleccionando los detalles que se ajustan a su perspectiva favorable a McDonnell y desplazando otros a páginas distantes. Cuando Jones recuerda la deficiente estrategia de comunicación del partido en 2016-2017, cita como evidencia la respuesta de este al envenenamiento de Skripal acaecido en 2018.

Esta desorientación no solo influye en la presentación general del corbynismo; también altera nuestra imagen del papel de Jones en la historia que describe. Los hechos desnudos de su participación están presentes, pero su significado queda oscurecido por la cronología revuelta del libro. En 2015 la preferida de Jones como líder del Partido Laborista era Lisa Nandy, la dirigente de Manchester partidaria de la supuesta autenticidad real de la clase obrera frente al pretendido idealismo izquierdista, que desde entonces se ha convertido en la adalid de la postura antichina en el Partido Laborista. Jones predijo que Corbyn sólo lograría una porción «irrisoria» de votos, dejando a la izquierda «permanentemente marginada y desacreditada». Cuando las cosas resultaron ser de otro modo, Jones hizo campaña en favor de Corbyn, pero rechazó una oferta para unirse a su equipo. Defendió el programa económico del partido, pero le desesperaba la escasa habilidad de Corbyn para las relaciones públicas, mostrando sus preferencias por un líder más inteligente y dotado de una mayor flexibilidad política. En el verano de 2016, justo después de que el grupo parlamentario laborista intentara su golpe para defenestrar a Corbyn, Jones escribió una larga nota en su blog pidiéndole que renunciara. Sus razones eran idénticas a las de los parlamentarios de la «izquierda suave» como Starmer y Nandy: no discrepaba de su línea progresista, pero le abatían los resultados de las encuestas, se sentía frustrado por su débil liderazgo y deseaba una estrategia más coherente. Sin embargo, Jones entendió que Owen Smith no era la respuesta, por lo que votó por Corbyn por segunda vez. En marzo de 2017, cuando los decepcionantes resultados de los laboristas en las elecciones locales provocaron otra rebelión en las filas de la elite, Jones volvió a pedir a Corbyn la dimisión y maniobró para promover a Clive Lewis, el fanfarrón veterano de la guerra de Afganistán elegido parlamentario dos años antes. Cuando Theresa May

perdió su mayoría, llamó a Andrew Murray, se disculpó por su rebeldía y se comprometió a respaldar a Corbyn a partir de aquel momento. Pero si bien Jones defendía firmemente el programa económico del líder, pronto se distanció con respecto al Brexit y el antisemitismo. Habiendo acuñado el término «Lexit» en una columna de 2015, argumentando que la izquierda debería considerar el apoyo al abandono de la Unión Europea por parte del Reino Unido, se alineó con los People's Voters en cuanto su campaña se puso en marcha; y habiendo usado previamente su columna para criticar los crímenes de guerra israelíes, en 2018 instó al partido a adoptar integralmente la definición de antisemitismo propugnada por la International Holocaust Remembrance Alliance, que impide la solidaridad con Palestina.

Del mismo modo que en *This Land* se manipula la cronología para culpar a Milne, también se utiliza este expediente para exonerar al autor. Jones se refiere a su «periodo de desilusión» en el capítulo «Dysfunction», pero lo elimina del relato del sabotaje del grupo parlamentario laborista, como si se tratara de una respuesta directa a la desorientación estratégica de Corbyn, más que una capitulación ante los vientos políticos dominantes. En vez de detallar sus esfuerzos para reemplazar a Corbyn por Lewis, escribe elípticamente que «tuve una conversación con un par de diputados laboristas en la que surgió el nombre de Clive Lewis», y nuevamente reprime el contexto más amplio de sus acciones, que coincidió con la campaña liderada por Blair para derrocar a Corbyn tres meses antes de las elecciones de 2017. Retrospectivamente, está claro que la dimisión de Corbyn en aquel momento habría negado al Partido Laborista su mayor avance desde 1945 y le habría regalado el partido a la derecha. Sin embargo, Jones defiende su subterfugio aduciendo que «aunque no tenía experiencia [Lewis] era fotogénico, incluso guapo, alguien a quien puedes imaginar desempeñando el papel de primer ministro en un drama político ficticio». El autor distingue correctamente sus críticas «de buena fe» de la dirección del Partido Laborista corbynista y las maquinaciones «de mala fe» del grupo parlamentario laborista; pero un relato más veraz habría reconocido que las primeras coadyuvaron a las últimas en un momento político decisivo. En un libro cuyo objetivo declarado es ayudar a la izquierda a aprender de sus errores, la negativa de Jones a asumir la responsabilidad de los suyos cuenta su propia historia.

El mismo doble rasero es evidente en la renuencia de Jones a criticar a su mentor político. Para sostener la representación de Milne como estalinista obtuso y de McDonnell como gran estratega, debe descuidar o minimizar los errores de juicio de este último. Como el propio Jones, McDonnell advirtió contra el ascenso de Corbyn a la dirección de Partido Laborista; se opuso a su agenda antiimperialista (incluida su respuesta ampliamente popular a los atentados de Manchester); defendió a la International Holocaust Remembrance Alliance; aduló a desechos del Nuevo Laborismo como Alastair

Campbell; y alentó al partido, fruto de un miedo irracional a Change UK, para que sostuviera la idea de permanecer en la Unión Europea. Un balance serio del corbynismo debería reconocer el efecto dañino de estos repliegues, pero el tributo de Jones al «líder perdido del laborismo» —que podría haber llevado al partido a la victoria dada su «seriedad sobre el poder» y su «competencia administrativa»— concuerda con su propio enfoque falto de autocritica y proclive a eludir tales detalles inconvenientes. Lo que produce este método selectivo es menos una historia del corbynismo que una prolongada apología del mcdonnellismo. La proclividad del canciller en la sombra hacia el «compromiso táctico» se abstrae de sus manifestaciones políticas concretas (que en el mejor de los casos eran ineficaces y en el peor profundamente dañinas) y se convierten en una regla de oro, que supuestamente Corbyn y Milne ignoraron a sus expensas. La discusión sobre el envenenamiento de Salisbury es un ejemplo de ello. La encuesta de YouGov de 2019 mostró que, entre los votantes que previamente habían apoyado a Corbyn antes de volverse contra él, «sus posiciones sobre las cuestiones de defensa sólo fueron mencionadas por el 1 por 100 de los encuestados y nadie mencionó su respuesta al envenenamiento de Salisbury». La tormenta mediática en torno a Skripal no tuvo un impacto demostrable en las encuestas, pero Jones la presenta como un gran colapso, porque aparentemente parece confirmar su opinión de que el camino hacia la victoria exige un compromiso perpetuo con la derecha

Los orígenes de ese conformismo instintivo pueden encontrarse en una característica recurrente en los escritos de Jones: la renuencia a alejarse del mundo del pensamiento de *The Guardian*. En *The Establishment*, Jones dedica todo un capítulo a la relación existentes entre las elites y los medios, pero no dice nada sobre su propio patrón, baluarte del consenso blairita. *This Land* proporciona igualmente un resumen detallado de la campaña mediática contra Corbyn de la que el periódico para el que trabaja Jones está notoriamente ausente. No se mencionan sus artículos de opinión diarios titulados «Jeremy Corbyn's politics are fantasy—just like Alice in Wonderland», o «Corbyn's Labour is a party without a point, led by a rebel with a cause». Jones es tan radical como cabría esperar de su entorno institucional, pero no atentará nunca contra el bastión del Nuevo Laborismo en el que habita. En algunos casos, esto significa omitirlo de la lista del «*establishment*», y en otros aceptar el pensamiento grupal de sus mayores: Toynbee, Freedland, Behr y Rawnsley. Jones lleva razón cuando dice que debemos criticar el corbynismo para ir más allá, pero no es una coincidencia que cada vez que disienta —sobre el Brexit, la International Holocaust Remembrance Alliance, la OTAN, la «competencia»—, se ponía del lado de los opinadores de York Way [sede de *The Guardian* y *The Observer*] contra el movimiento socialista.

Esas constricciones ideológicas afectan a la totalidad de la premisa de *This Land*. Cuando Jones escribe en la introducción que debemos aceptar que el

corbynismo «se disparó repetidamente en el pie» o abrazar la «conclusión fatalista de que cualquier proyecto político radical será inevitablemente destruido», es importante preguntar a *qué* lesiones autoinfligidas se refiere. Hasta ahora ha habido dos posiciones sobre si está justificada una visión «fatalista» del corbynismo. Una de ellas, asociada con Lavery y Trickett, sostiene que existían las condiciones estructurales para un gobierno de Corbyn hasta que ciertas decisiones políticas las frustraron. La otra, articulada por Guinan (y, en menor medida, por Gilbert), es que tales condiciones estaban ausentes debido a una guerra de posiciones incompleta: una administración de izquierda eficaz requería un trabajo de base más amplio. Al principio, Jones parece adoptar la primera opinión; pero a medida que avanza el libro, queda claro que su crítica del corbynismo tiene poco que ver con la política, excepto si entendemos esta como una extensión de la estrategia relativa a los medios de comunicación. *This Land* se muestra indiferente a si las decisiones políticas eran «correctas» o «incorrectas». Su preocupación principal radica en cómo fueron comunicadas y recibidas por la prensa, que para Jones es, por antonomasia, *The Guardian*. Éste es el último criterio por el que se juzga la «competencia» de la dirección. ¿Propiciaban sus decisiones una buena sesión de fotos? ¿Recibían una reseña positiva de Rawnsley? La caída del proyecto de Corbyn se reduce así a un efecto de la mala gestión de la imagen. Desde ese limitado punto de vista, no es de extrañar que McDonnell, un buen conversador dispuesto a doblegar sus principios siempre que hablaba con un periodista, sea elogiado por encima de sus compañeros. Si Corbyn se hubiera parecido más a él –mostrándose más flexible, pulido, articulado–, la prensa se habría aplacado y se habría evitado la catástrofe.

Cuando comprendemos que el argumento del «tiro en el pie» de Jones es, en realidad, un comentario velado sobre la relación del Partido Laborista con *The Guardian*, su irracionalidad se hace evidente. Porque si este fue el quid de su «fracaso estratégico», entonces ¿qué estrategia alternativa habría complacido a gente como Jonathan Freedland? La respuesta, evidentemente, es ninguna, aparte de la que actualmente promueve el sucesor de Corbyn. Con Starmer, la «seriedad sobre el poder» se equipara con la máxima flexibilidad y la «competencia administrativa» se eleva por encima de la sustancia política, mientras cada decisión estratégica se orienta hacia la prensa del *establishment*. El starmerismo es el punto final del mcdonnellismo, el resultado lógico de las prescripciones de Jones. Como si reconociera este hecho, el libro esquiva la difícil cuestión del ascenso de Starmer y concluye abruptamente después de las elecciones de 2019. Puede que Jones no sienta mucho afecto por el nuevo líder laborista, pero no puede criticarle dentro del marco analítico de *This Land*, por lo que es mejor permanecer en silencio al respecto.

Por supuesto, Jones está más cerca de sus colegas de *The Guardian* en relación con la crisis del antisemitismo, que sitúa en el centro del escenario, otorgándole más cobertura que a cualquier otro tema. Ahí, de nuevo,

las relaciones con la prensa son su mayor preocupación: una fijación evidenciada por la fluidez semántica del término «crisis». En ocasiones Jones sugiere que el antisemitismo había alcanzado niveles de crisis dentro del Partido Laborista; a veces describe una crisis de relaciones públicas más que una crisis real. Un similar deslizamiento de sentido afecta a la palabra «fracaso»: no está claro si Corbyn fracasó al enfrentarse con una infestación racista en el Partido Laborista o si fracasó en su refutación de una campaña de difamación, como si Jones no pudiera distinguir entre la realidad objetiva y su representación en los medios de comunicación. Acepta que las acusaciones de antisemitismo se han empleado cínicamente en ocasiones para amordazar a los críticos de Israel, pero presumiblemente perdería su columna si describiera las acusaciones orquestadas contra Corbyn como una miasma políticamente motivada. Por eso Jones se esfuerza por lograr, en cambio, el «equilibrio» a costa de incurrir en una serie de autocontradicciones. Corbyn ha combatido durante toda su vida el antisemitismo, pero tiene un «punto ciego» en este tema. Solo el 0,3 por 100 de los miembros del Partido Laborista fueron acusados de antisemitismo, pero al parecer había una «crisis» dentro del partido. El equipo dirigente mejoró enormemente el proceso disciplinario, pero su respuesta sufría de «falta tanto de estrategia, como de inteligencia emocional». El partido publicó un folleto razonado «diseñado como una herramienta de educación política para los miembros», pero «nunca desarrolló su educación política». Junto a tales formulaciones incoherentes figura un resumen de la historia israelí, que «podría haber sido escrito por Shimon Peres», como ha señalado un crítico. La descripción de la fundación de Israel como un valiente esfuerzo socialista, a años luz de distancia del «colonialismo de colonos», que posteriormente degeneró bajo una serie de líderes reaccionarios, es un ensayo de *hasbara* liberal-sionista que traiciona un escaso compromiso con el estudio de la región.

Además, la afirmación de Jones de que la crisis podría haberse evitado si Corbyn hubiera hecho más concesiones es desmentida por los acontecimientos posteriores. La izquierda laborista realizó todos los compromisos posibles: aceptar la International Holocaust Remembrance Alliance, obligar a los diputados del Socialist Campaign Group a elogiar el «sionismo» dando la bienvenida a la intervención de la autoridad administrativa independiente «Equality and Human Rights», una organización cuasi gubernamental integrada por fanáticos nombrados por el Estado, y comprometiéndose a implementar totalmente sus recomendaciones. ¿Ayudó en algo todo ello? *This Land* se burla de la idea de que los miembros del Partido Laborista pudieran ser suspendidos o expulsados por expresar su solidaridad con Palestina, pese a que el partido aceptara las demandas del Jewish Labour Movement. Ahora a Corbyn le han prohibido intervenir en el Parlamento por decir que las afirmaciones de antisemitismo eran «exageradas», y la

dirección actual ha prometido purgar a «miles y miles» de sus seguidores. Sería el momento ideal para que Jones admitiera su error y se mostrara como un firme defensor del internacionalismo; pero no lo hará. En su lugar, ha calificado los comentarios de Corbyn como «carentes de oído» y le pidió que se disculpara, mientras describía su suspensión como una distracción inútil en la tarea de combatir el antisemitismo.

Si esta tímida respuesta a la purga de Starmer es un síntoma del *guardianismo* inconsciente de Jones, también es una característica de su laborismo consciente, biográficamente conjugado. En *The Establishment*, Jones afirmaba que el Partido Laborista había insistido en «desafiar a quienes tienen riqueza y poder» hasta 1994, cuando de repente llegó a una componenda con la clase dominante. El libro presenta a varios abanderados de la derecha laborista (Neil Kinnock, Tom Watson, Angela Eagle) como francos adversarios del «*establishment*» más que como sus fieles servidores, mientras Jones busca denodadamente su consejo sobre cómo combatir los intereses de la elite y de los políticos que buscan su propio beneficio. Los años de Corbyn han sido claramente una especie de despertador en ese sentido. *This Land* no deja dudas en cuanto a la composición reaccionaria del grupo parlamentario laborista, que su autor describe ahora como una colección de «matones presumidos» y «gente brutal y horrible». Sin embargo, su análisis básico permanece inalterado: el Partido Laborista es el partido de la clase trabajadora, temporalmente capturado por sus adversarios entre 1994 y 2007 (o, en el cronograma ajustado de *This Land*, entre 1976 y 2007). Ese punto de vista limita a su vez los horizontes políticos de Jones, el cual puede desafiar a la dirección actual del partido sobre sus promesas incumplidas respecto a la propiedad pública y la tributación progresiva, pero no puede aceptar que su «severa actuación contra el antisemitismo» sea un sustituto del antisocialismo, porque eso implicaría un ajuste de cuentas más detallado con el código genético del Partido Laborista. Aunque afirma que la fuerza del corbynismo radica en su repudio del «laborismo tradicional», el plan de Jones para sostener el movimiento bajo la dirección de Starmer equivale a poco más que a una reiteración de los tropos laboristas: quedaos en el partido, impulsad políticas progresistas y forjad una «amistad crítica» con su ala derechista. Si este es el pronóstico de la línea propugnada por McDonnell, entonces no ofrece nada nuevo. Corbyn, en cambio, acaba de lanzar una organización de campaña internacionalista llamada Project for Peace and Justice y sigue luchando por los derechos de los migrantes y de los trabajadores a pesar de su expulsión del grupo parlamentario. Sigue sin estar dispuesto a abandonar Palestina por el objetivo ilusorio de la unidad del Partido Laborista, mientras sus críticas a la respuesta del gobierno a la COVID-19 han arrojado vergüenza sobre las reticencias de su partido. Puede que Corbyn sea la vieja guardia por excelencia, pero su visión para el futuro de la izquierda laborista es más prometedora que la de *This Land*.